

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

BAJO LOS PARAISOS

Ibamos silenciosos por el parque sereno,
—cuerpos y corazones— bajo los paraísos.
Mis ojos contemplaban la curva de tu seno,
tus manos arreglaban los vuelos de tus rizos.

Pisábamos las hojas lánguidamente gualdas
que el viento abanicaba sobre el sendero. Había
rumores misteriosos de besos en tus faldas
y lloros en las alas de nuestra poesía.

La tarde nos clavaba sus puñalitos de oro,
algo así como un sueño, algo así como un florero...
Ibamos caminando por el parque sereno,

Ibamos caminando bajo los paraísos.
Mis ojos contemplaban la curva de tu seno,
tus manos arreglaban los vuelos de tus rizos.

Bartolomé GALINDEZ.

Benvenuto Cellini

Había en otro tiempo en Florencia un poeta que hacía epopeyas de bronce y de plata; epopeyas que viven en los museos de esa ciudad, primera entre las más famosas. Cada figurilla de metal de las de Benvenuto Cellini es un canto de poema, si ya no la saboreamos como suave madrigal que encierra en sus entrañas la flor de los panales del monte Híbla.

Los que viajáis por la Toscana, llegaos al palacio Pitti y llamad a sus puertas; esa roca negra escarpada, abrupta, es un palacio de los más espléndidos con que los Médicis enriquecieron la ciudad de su cuna. Allí, en los departamentos a pie llano, hay un museo sobre el cual habitaba el Gran Duque esas salas magníficas que hoy están desiertas; en ese museo topais a cada instante con las obras de ese mágico que, volviendo cera entre sus manos los metales, ha dado batallas en bronce, figurado entradas reales, coronaciones de pontífices y otras grandes escenas de la grande vida. Pasos mitológicos que os llenan de satisfacción; Citeren, desnudos brazos y piernas, está sonriendo con labios donde el amor da mil vueltas encantadas en forma de serpientes divinas: Cupido, pequeño, gordo, crespo, una banda en los ojos, va y dispara sobre una ninfa que cae herida de amor en el lecho del placer: las Gracias, en grupo seductor, cogidas unas con otras, se están contemplando cada cual su cuerpo, como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginación ante su reina y directora la immaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve; el cincel de Miguel Angel, ese instrumento cargado de la inspiración grande, la inspiración épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara a golpes de cincel y arranca de sus entrañas un profeta vivo; ese cincel sería el martillo de Enoclad para el delicado labrador de figurillas celestiales.

JUAN MONTALVO.

LA VIOLENCIA

Es la raíz de la guerra. Repudiad en absoluto todo acto de violencia, contra grandes o chicos, contra personas o animales. Las mismas cosas inertes mejor ceden a la razón que a la violencia.

Constancio C. Vigil.

Simples palabras

No trabajas el verso
con amor prolongado.
Sea como paloma
que se va de la mano.

La dulce estrofa siempre
un poco de alma exhale.
Más que hoja de libro
sea gota de sangre.

Pero más a menudo
sea gota de alegría,
y pródiga reparta
la cordial sonrisa.

Que no tenga en tu vida
mucha importancia el verso.
Tú que los haces sabes
qué poco vale eso.

Haz como algunos hombres
que trabajan seis días
y los domingos podan
unas plantas queridas.

Trabaja tú seis días
y en la aurora de Dios,
pódale el buen rosal
que está en tu corazón.

Enrique BANCHS.

Lágrimas

Sin lágrimas la vida parecería muy seca. La herida que un amargo recuerdo hace sangrar se cicatriza bajo una lluvia de lágrimas. Hallándose cada cual su cuerpo, como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginación ante su reina y directora la immaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve; el cincel de Miguel Angel, ese instrumento cargado de la inspiración grande, la inspiración épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara a golpes de cincel y arranca de sus entrañas un profeta vivo; ese cincel sería el martillo de Enoclad para el delicado labrador de figurillas celestiales.

Aún me acuerdo de las lágrimas que derramé la primera vez que me llevaron a la escuela. También lloraba de niño cuando me acostaban demasiado pronto.

Una alegre bandada de chiquillos juega en la calle; yo, tras de la ventana, les miro tristemente, y cálidas lágrimas inundan mi rostro. Es Noche Buena. La luna brilla, el suelo está blanco de nieve... ¡Ay, mis botas están agujereadas: no puedo ser de la partida!

Después he llorado muchas veces y mi corazón se ha aliviado. Pero mi espíritu necesitó una iniciación para que yo viera en las lágrimas algo más que dolor y comprendiera su extraño poder...

Habiéndome conmovido profundamente los versos de un gran poeta, calmé, llorando, todos los deseos de mi alma. Entonces comprendí el poder de lo bello y la poesía de las lágrimas.

Enrique Ibsen.

El movimiento artístico en los Estados Unidos

LA POESÍA

El utilitarismo nacional, la prosa de la vida dura y la preparación de hacer brotar en un enorme continente, nuevo y gigantesco país, no olvidó que en medio de tanto hierro podría brotar una flor y la Poesía expandió sus velos y abrió sus brazos, y en el blanco y ebúrneo seno se refugiaron aquellos seres raros, neuróticos, idealistas, eróticos y malditos, los que se sientan germinar en el alma algo abstracto y lejano, los que oían voces misteriosas y ocultas cantar sus rondes seductores, y los que elevaban en el santuario de sus pechos, templos de púrpura para la Diosa Afroditia.

Los Estados Unidos se cristalizaban en la redoma de una colonia triste, sacerdotal y hurano; densos eran los cerebros, estrechos los espíritus; y a esa población dispuesta a reflejar los cimientos del monumental edificio no se le había ocurrido el placer divino de rimar palabras y adorar un dios. Eran los oscuros seres de la campiña, a los cuales no llegaban los ecos de las bacanales ni los quejidos de amor de las fiestas diónicas. Y hasta el 1787 no surgió

mas Hasting, retórico, parco en su léxico escolar en su medida rítmica; Richard Henry, Dana y Sarah Joseph Hale, simpática poetisa versificando el elogio a Alice Ray.

Y como crece la sombra por la tierra cuando el sol se pone, creció por toda la América de habla inglesa la inmarcescible Poesía, el primer Período Lírico, dividido por Stedman, en tres divisiones de poetas: en el primero figuró Bryant, en el segundo Poe, Longfellow, Whittier, Holmes, y en el tercero Whitman, Lowell y los dioses menores, bien grandes ya en ese comienzo de siglos, tras de esos años heroicos de guerra y miseria, de ambiciones y dudas. Este Primer Período fue el Renacimiento Americano, donde hubo poetas épicos, macabros, demónicos, psicólogos, amorosos; hubo un eulogista como Amos Bronson Alcott; un filósofo en Rima como Ralph Waldo Emerson; un lírico como Oliver Wendell Holmes, y una exquisita y emotiva como Margaret Junkin Preston.

Floreció, como una flor de mal, el satánico Edgar Allan Poe terrible,

ver Wendell Holmes, juglar del metro, versificador armonioso y sentido, delicioso en La Grisette, robusto en Old Ironsides, ático en Hymn of Trust.

En ese segundo grupo se alistaron Mary Elizabeth Stebbins, Frances Sargent Osgood, Emily Chubbuck Judson y Elizabeth Clementine Kinney, las cuatro vestales del templo donde el Budha era Edgar Allan Poe.

Años después, el mundo vio un extraño ser, eremita de la barba florida, cultivando el yoísmo y la filosofía experimental del egoísmo humano, casi socialista en sus libertades y rebeliones: Walt Whitman.

Whitman marca la segunda época del lirismo americano, la rebeldía de la idea, el abandono del asunto trivial, de la trivialidad rítmica, para dar cabida a la poesía pasional, psicología, que deje una amarga tristeza y un deseo de pensar en el más allá.

Junto a ese recio tronco de bambú, ramas forisimas brotaron, solidificando el bosque mitológico de los poetas: James Russell Lowell, eléctrico y abundante, cantor de tozadas las emociones, minstrel y trove-



EDGAR LEE MASTERS



JAMES WHITCOMB RILEY



THOMAS WALSH

la poesía en una alborada triunfal y perenne, ganando prosélitos cada año y formando un Olimpo donde imperan los Corifeos de la Rima: Longfellow, Poe, Whitman, Whittier, Bryant, Holmes, Lowell y Lanier—los di majores del Parnaso norteamericano.

Cada uno floreció en una época lírica y cada uno dardó su fuego, alumbrando la ancho vía a los prosélitos de cada escuela. Fueron los bardos del Período Victoriano, cuando la literatura inglesa, romántica, exportaba la obra sonora y dazlona de los Rapsodistas, los Humanitaros y los místres escoceses e irlandeses. De esa época surgió como un precursor Phillip Freneau un cuarto de siglo antes de la aparición prodigiosa de William Cullen Bryant; esos cinco lustros son los cinco siglos primordiales del nacimiento del verso. Freneau, con sus endechas inocentes, clásicas, abrió la caravana de la Rima, y sus fáciles pareados en Eutaw Spring, The Parting Glass, To a Honey Bee, sus epítafios, revelaron a los hombres del nuevo mundo la belleza del arte más puro y más antiguo del planeta. Bajo su pabellón se acogió un grupo de trovadores, de rimeros inocentes y sentimentales: St. George Tucker, Washington Allston, el autor de Rosalie y del himno America to Great Britain, Tho-

siestro, formidable, el espíritu magnífico de la raza, desbordante, imaginativo y saturnal; asombró al mundo con la potencia de su léxico y la demoníaca inspiración de su alma en forma: To Helen, The Raven, Leonore, onomatopéyico en su rima que dedica a las campanas, versos que nos traen argentinos toques de bodas, bronceos dobles de agonía.

La más recia cera se dobla en los dedos armoniosos de Henry Wadsworth Longfellow, plástico en su Himno a la Noche, profético en su Skeleton in Armor, bucólico en Evangelina.

Victor Hugo fué el Longfellow gallo como Charles Beaudelaire fué el Poe francés. Junto a los dos—el poeta yanqui de Massachusetts y el ardiente sureño de Baltimore—florecieron Oliver Wendell Holmes, John Greenleaf Whittier y Ralph Waldo Emerson. Jamás trilogía de bardos similares producirá la historia lírica americana. Sólido, areático, membrado Emerson, el Each and All, The Problem, Threnody, son tres evangelios de psicología rítmica; trovador alado y lamartinesco, Whittier tiene la suave elegancia del bardo romántico en su Maud Muller, The Barefoot Boy, Astrea y el poema hiemal Snow Bound, ejemplo perfecto del deca sílabo inglés con cambios intermedios de acentos prosódicos; Oli-

ro, grandioso en Rheocus, humorista y dialectal en The Biglow Papers.

Y Richard Henry Stoddard, Thomas William Parsons, Charles Wentworth Higginson, Julia Ward Howe; un grupo magnífico de los poetas de la Victoria, los gajos frescos y olorosos que nacieron en la primavera de la vida nacional, los ilusionistas que a manera de proemio templaban las liras bajo la ubérrima caricia de la Diosa Poesía.

La producción literaria había llegado al zenit de la abundancia; los poetas brotaban como hongos; la raza práctica y utilitaria se inoculaba con el agradable arte del ocio artístico; se fundaban revistas poéticas, se compilaban antologías y enciclopedias; las universidades creaban cátedras de Literatura Nacional; los romanceros leían sus odas en griegos anfiteatros, y refugiendo comenzó el Segundo Período Lírico, en el cual aparecieron un sol, Sidney Lanier, y astros de la magnitud, como Paul Hamilton Payne, Thomas Bailey Aldrich, Joaquín Miller—el poeta de las Sierras—Emma Lazarus, James Whitcomb Riley, Robert Burns Wilson, George E. Woodberry, William Hamilton Payne.

Lanier es el último eslabón de la cadena genial de Poetas Americanos, entusiasta rimador de la Naturaleza, comienza a libertarse de la antie-

LA INSTITUTRIZ

Mapas, cuentos y libros, gravemente inocua en los ojos absortos de los niños, y muestra tal indiferentismo, que parece siniestra: aunque está junto a todos, con nadie se vincula.

Se hace sombra y silencio, por lo que disimula... Siempre ausente!... no vive...? Su ser hunde y se escuestra tanto, que se diría que es humo esta maestra, que al soplo de la vida se disipa y anula.

Su físico tiene algo de figura geométrica y su andar nos recuerda a su hermano, el compás. Es aguda, ágil, miope... lo demás es de más...

Y cuando no la miran, como una imagen tétrica, lagrimea en el fondo de un oscuro rincón... Y por eso se sabe que tiene corazón.

Pedro Miguel OBLIGADO.

dos, cánones; y aunque sencillo en el fondo, la forma se dobla e irisa en un policromo ardor de símiles y una pintoresca catarata de metáforas, como la Canción de Catthoochee, The Marshes of Glynn, The Ballad of Trees and the Master.

En esa época reinó la sinceridad del verso; aun no se había comerciado la Poesía, y sus legionarios iban por el mundo bebiendo la miel hiblea en las selvas mitológicas Thomas Aldrich es el amoroso doncel de Palabras cariñosas—título español del hen the Sultan Goes to Ispahan—y de los Sonetos, shakesperianos, en dodecasílabos arcaicos.

Con James Witcomb Riley, el romancero de Indiana, podemos abrir la segunda división de la época demorética y republicana. Los poetas influenciados por la política nacional han abandonado la era aristocrática, heredada de la metrópoli, y riman un poco secos, defecto principal de Witcomb Riley, casi prosaico en su humanísima inspiración, verbigracia, The Way the Baby Slept.

Era el poeta de las cosas pequeñas, de las cosas inanimadas, del pueblo gris y sentimental. Muy diversa fué la pagana y estética Emma Lazarus en su Venus en el Louvre, y The New Ezequiel. Con ellos, rodeados en el académico recinto, fluctuaron Richard Watson Gilder, John Banister Tabb, George Parsons Lathrop, Richard Edwin Day, legiones de rimadores que inundaron de poesía la prosa mercantil del cerebro nórdico.

El siglo XIX, un verdadero siglo de oro para las artes mundiales, se cierra con una peregrinación al oasis sacro del nuevo arte; surgen bardos rebeldes, confusos, decadentes; tratan de imponerse y caen entre las llamas de sus martirios; pero quedan como inmortales Woodberry, Josephine Preston Peabody, Stephen Crane, Edwin Arlington Robinson, Madison Cawein, colaboradores de las mejores revistas, concurrentes de los más artísticos cenáculos y artífices en el idioma, que es seda y oro en los dedos del inglés Wilde y del americano Poe.

Aun la retaguardia llega, con la fanfarria de sus cobres y sus estándares heráldicos; cada señor trae en la diestra un falcón, cada uno es seguido de un paje de un arquero y cada uno va cruzado y religioso hacia el Olimpo lejano. ¿Llegarán? La labor escultural sobre las tablas de sándalo la ofrendarán a los pies de la Pitonisa, y quiera la Divina Diosa eaign sobre sus cabezas coronas y laureos: Robert Frost, varonil, energético; Carl Sandburg, un poco brumoso; Richard Hovey clarividen-

te; Edgard Lee Masters, de Espinosa River, marinero, amante del océano como lo era Tristán Corbieres; Lanier y Vachell Lonsday. Como cierre de esta ligera reseña de poesía, debo notar al poeta panófilo Thomas Walsh, traductor de Rubén Darío y de Calderón; por grino por la Iberia de los árabes, de los sarracenos; adorador de la trágica Toledo y del Greco; autor de Pilgrim Kings, The Prison Ships and Other Poems, Gardens Overseas; Canciones de la Alhambra, templos das en su guza sajona, van a manos de estanzas votivas a celebrar el triunfo del moro en Andalucía, o aquella gallarda composición La Potosa.

Walsh es el escolar de las glorias de la ardiente España, la que iluminó la alborada de la virgen América con sus crueldades artísticas y hazañas épicas, que sólo nuestro bano francés Heredia cantó con grandiosidad de aquellas empresas adelantadas y conquistadoras... Francisco G. de Gómez.

La fuerza de la voluntad

Hay, peregrino, una senda, una de aquel que entra y avanza pueril, temor al desengaño. Es ancha, directa y despejada, después de caminos muy duros y tortuosos. Pasa por medio de todos los campos de cultivo que granjean honra y provecho. Quien por ella llega a la escena del mundo puede considerarse que ha cosechado todas las plantas de mirífica virtud de que hablan las leyendas: la que preserva de la fascinación, el nepente que devuelve de la algaría y el hongo que infunde el ardor de batallas. Tener experiencia de esa senda vale tanto como llegar a la pira de parangón con qué aquilatar la calidad de las cosas cuyas apariencias nos incitan. Por ella se saltan desquijarrar los leones, tanto como ceñir la oliva de paz. Cuando por otros caminos se las busca, todas las tierras son al cabo páramos y yermos; pero si ella fué el camino, las más áridas se truecan en florecimiento; si su sequedad se abre en ríos de aguas vivas; cubrense de desnudas peñas de bosque, y el alma se anima con muchas y pintadas aves. Toma, peregrino, esa senda, y el que soñaste será tuyo.

—Alzas los ojos? ¿Consultas, derredor, el horizonte?... No allá, afuera, sino en lo hondo de ti mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en el redilido de tu corazón: en tí, en tí, haz de buscar arranque a la senda redentora!

José Enrique Rodó.

EL YATE MINISTRO EASTMAN

Saldrá mañana en viaje directo al puerto chileno de Arica

Conduce un gran cargamento de frutas

Admite pasajeros

El Yate tiene toda clase de comodidades y confort para los pasajeros.